

reflexiones en torno a la **comprensión discursiva**

Silvia Kiczkovsky



Reflexionar sobre la comprensión discursiva en el ámbito académico o en cualquier otro implica, de entrada, la adopción de un marco epistemológico desde el cual abordar el problema. Además, y relacionado con lo anterior, hay otra cuestión a tener en cuenta y es la forma en que entendemos el lenguaje, el conocimiento y la comunicación. Para hablar de esto me ubicaré dentro de las ciencias cognitivas y, más exactamente, en la corriente experiencialista (Lakoff: 1987).

Las ciencias cognitivas son una empresa multidisciplinaria que comparten la filosofía, las neurociencias, la informática, la lingüística, la psicología y la antropología y que se propone, desde la ciencia misma y a partir de sus métodos, explicar el problema del conocer. En este sentido, se formula preguntas tales como qué es la razón, cómo le damos sentido a nuestra experiencia, qué es un sistema conceptual, cómo está organizado, en qué medida compartimos todos el mismo sistema, etcétera.



Sin embargo, esta disciplina dista mucho de ser un campo unificado y dentro de ella existen varios paradigmas que a veces presentan posturas muy encontradas. Nos interesa, a modo de introducción, contrastar dos posturas básicas, lo cual nos permitirá elaborar los conceptos de lenguaje, conocimiento y comunicación que indicamos en un inicio. Son las posturas objetivista y experiencialista (Lakoff, 1987).

Para la postura objetivista, el pensamiento es la manipulación de símbolos abstractos. Estos símbolos, que son las palabras y las representaciones mentales, adquieren significado por medio de la correspondencia con las cosas que existen en el mundo exterior y todo significado tiene ese carácter. Así, los símbolos son representaciones internas de la realidad externa y pueden establecer correspondencia independientemente de las propiedades particulares de cada organismo. Puesto que la mente humana hace uso de representaciones de la realidad externa, es un espejo de la naturaleza y la lógica correcta refleja como espejo la lógica del mundo externo. Las características del cuerpo humano y la manera en que funciona en su entorno no tienen ninguna relación con la manera en que categorizamos, con la manera en que nuestros conceptos adquieren sentido y con el modo en que organizamos nuestra experiencia del mundo. De esta forma, el pensamiento es abstracto, trasciende nuestros sistemas perceptual y nervioso, esto es, nuestra corporeidad. Por otra parte, el pensamiento es atomístico, puede ser descompuesto en unidades simples que se combinan para formar bloques más complejos y estas combinaciones se establecen a partir de reglas en una idea de composicionalidad. Concebida así, la mente humana funciona al modo de una computadora y, a la

inversa, si las máquinas manipulan símbolos que se corresponden con las cosas del mundo, entonces son capaces de tener pensamiento y razón.

En contraposición, para la postura experiencialista el pensamiento es corporeizado. Las estructuras que usamos para conformar nuestros sistemas conceptuales surgen de la experiencia corporal y toman sentido en función de ella. Las bases de nuestros sistemas conceptuales están en la percepción, en el movimiento corporal y en la experiencia de carácter físico o social. El pensamiento, además, es imaginativo. Con esto queremos decir que los conceptos que no están basados en la experiencia directa se conforman a partir de metáforas, metonimias, imágenes mentales que van más allá del simple reflejo o representación de la realidad. Es gracias a capacidad imaginativa que se hace posible el pensamiento abstracto y lleva la mente más allá de lo que podemos ver y sentir. La capacidad imaginativa no es arbitraria; también sienta sus bases en lo corpóreo, en tanto las metáforas, metonimias e imágenes provienen, en primera instancia, de la experiencia física. A diferencia de la postura objetivista, el experiencialismo plantea que el pensamiento no es atomístico sino gestáltico; los conceptos tienen una estructura global que es más que la suma de bloques simples por medio de reglas. Finalmente, y relacionado con lo anterior, el pensamiento tiene una estructura ecológica, esto es, una estructura global, lo que hace que la eficiencia del procesamiento cognitivo dependa de la totalidad del sistema conceptual. En este sentido, el pensamiento es mucho más que la manipulación de símbolos abstractos.

¿En qué medida estas posturas determinan la concepción de conocimiento, lenguaje y comunicación, y qué relación guar-

da esto con la comprensión discursiva? Obviamente las concepciones dependerán de la postura que asumamos. Desde el punto de vista objetivista, el conocimiento tiene que ver con la representación de la realidad externa por medio de símbolos. Nuestro entorno es un mundo que está predado, estructurado en sí mismo, es un mundo en el cual existen objetos, cualidades, relaciones entre los objetos, todo con una lógica inherente y el lenguaje se considera el medio que permite representar y hablar de esa realidad que nos rodea. Vemos entonces al lenguaje como un medio de representación, donde cada unidad es una palabra que corresponde a una cosa o a una cualidad o a relaciones entre las cosas, y la combinación de esas palabras por medio de reglas nos permite representar hechos que ocurren en el mundo, siguiendo la noción de composicionalidad. Entonces, la comunicación es el traslado de información codificada en lenguaje desde un emisor hacia un receptor y el éxito de la misma depende de que pueda ser captada tal como fue emitida, en una relación uno-uno. Esta es la idea de la metáfora del canal, descrita por Michael Reddy (1979).

Reddy plantea que es nuestro sistema conceptual el que nos hace ver las cosas de determinada manera. Lo interesante es que ese sistema se expresa y podemos rastrearlo en el lenguaje. De este modo, las expresiones lingüísticas nos indican la forma en que estamos conceptualizando determinados fenómenos. Si, por ejemplo, decimos: "Intenta transmitir mejor tus pensamientos" o "No has captado bien la idea", estamos frente a la noción de que la comunicación consiste en hacer pasar de un lado al otro (emisor-receptor) las ideas y los pensamientos y esto se realiza por medio del lenguaje que es lo que permite que esa

transmisión se lleve a cabo. Ejemplos como "No he podido poner esta idea en palabras" o "Dices palabras vacías" o "El contenido de esta palabra no me convence", nos hacen ver que las palabras son especies de contenedores que empaquetan ideas y las transmiten formando frases, oraciones y párrafos. Así, la concepción de la metáfora del canal es que el emisor pone las ideas, sentimientos o pensamientos en palabras, las manda al receptor y el receptor recibe y desempaqueta las palabras para tener el contenido de las mismas (codificar-decodificar), tal como se muestra en estos ejemplos: "No encuentro la idea correcta en este texto". "El significado está oculto en esta palabra". "Busca las ideas principales que hay en este párrafo". Desde esta comprensión de la comunicación, los significados son objetos independientes de nosotros que podemos manipular, poner en palabras, enviarlos, desempaquetarlos y quedarnos con ellos o no, más allá de nuestras necesidades, pensamientos o acciones. La comunicación debe ser absolutamente exitosa; todo lo que el emisor envía debe ser recibido y captado por el receptor en una correspondencia uno-uno y de no ser así es porque algún tipo de ruido interno o externo está bloqueando el canal. Ejemplo es la frase común: "¿Cómo es posible que no me entiendas si estoy hablando claro!".

A esta metáfora del canal, Reddy opone otra metáfora a la cual llama de los "fabricantes de herramientas" que es obviamente una bella imagen que nos permite comprender el fenómeno de la comunicación desde otra perspectiva. Según ésta, existen cuatro individuos que viven en compartimientos aislados con condiciones ambientales específicas cuyas características son algunas compartidas y otras no. En la parte del medio en la cual se unen los compartimientos hay un espacio por el cual pueden enviar mensajes pero la comunicación no es directa, son señales. Cada compartimiento debe ser entendido como la mente de cada uno de los individuos y las señales, como el lenguaje que permite la comunicación. Un día uno de los individuos, que vive en un bosque inventa un rastrillo hecho de madera que le sirve muy bien para limpiar las hojas que dejan caer los árboles. Le envía un mensaje a los otros con un dibujo del rastrillo para que lo compartan con él. Sin embargo, el que recibe el mensaje vive en un medio en el cual no hay muchos árboles sino más bien piedras y no comprende muy bien para qué puede servirle ese instrumento tan frágil. Resuelve tomar la idea pero modificarla y hacer un azadón de piedra que le permita remover las enormes rocas que tiene en su terreno. Al mostrarle su invento al primero, éste no

entiende qué pasó con su idea original, pero después de mucho pensar se da cuenta de que es posible que el terreno de su amigo sea muy diferente al suyo. De este modo comienza a establecerse una rica comunicación a través de señales que permite que estos individuos puedan enriquecer su forma de vida en las diferencias de cada quien. Desde esta perspectiva, la comunicación es un proceso de construcción que demanda un enorme esfuerzo de interpretación, sobre la base de inferencias y en función de las necesidades de los interlocutores. No consiste en la transmisión uno-uno de mensajes, sino en la construcción y reconstrucción permanente de un flujo de significados que existen no como objetos que podemos manipular, sino como parte de nuestras actividades.

Esta idea está mucho más cercana a la corriente experiencialista, desde la cual y en contraposición al objetivismo, el conocimiento depende de nuestra experiencia, corresponde a la manera en que la organizamos en función de las características específicas de nuestros cuerpos, de las del entorno, y de la interacción que establecemos con él. El conocimiento no es reflejo del mundo, sino la construcción de un mundo en común, un mundo de significados que compartimos y que emergen desde los sistemas conceptuales que organizan nues-



tra experiencia y que conformamos sobre la base de nuestra corporeidad y de nuestros mecanismos imaginativos. El lenguaje, así, deja de ser un medio de representación para ser considerado un mecanismo cognitivo que nos permite construir y compartir los mundos en los que vivimos.

EXPERIENCIALISMO: LOS MODELOS COGNITIVOS

¿Cómo se organiza la experiencia?, ¿cómo le atribuimos sentido? Tal parece que no a la manera de un diccionario, sino más bien a la manera de una enciclopedia, para usar otra metáfora. Para Lakoff, la experiencia se organiza a partir de modelos cognitivos idealizados. Estos modelos se construyen en la experiencia; tienen como origen lo corpóreo y recurren a mecanismos imaginativos para su complejización. Sus bases son estructuras preconceptuales de dos tipos: esquemas de imagen cinestésicos y categorías de nivel básico.

Las primeras tienen que ver con la forma en que percibimos nuestro cuerpo y establecemos relación con el espacio. No se trata de imágenes descriptivas, ricas en detalles, sino de esquemas que no se limitan a la percepción visual, aunque ésta sea una condición importante. Son patrones dinámicos que funcionan a la manera de un

esquema abstracto de imagen y que, por lo tanto, comparten una extensa variedad de experiencias distintas que ponen de manifiesto la misma estructura recurrente. Estas estructuras son de tipo gestáltico, esto es, son todos coherentes en los cuales ninguna de las partes puede tener una significación independientemente del todo que las configura. Tenemos, por ejemplo, esquemas de dinámicas de fuerza como la coacción, la atracción, la obstrucción, la desviación que provienen de la experiencia de nuestros cuerpos en relación con el espacio circundante; esquemas de contención, que provienen de la experiencia de que concebimos nuestros cuerpos como poseyendo un adentro y un afuera; esquemas de equilibrio que implican las fuerzas que intervienen en el mantenimiento de la postura erguida, esquemas espaciales de arriba-abajo, adelante-atrás; esquemas de parte-todo que también provienen de percibir nuestros cuerpos como todos conformados por partes; esquemas de centro-periferia, etcétera.

Las otras estructuras preconceptuales son las categorías de nivel básico. Las categorías juegan un papel fundamental en la organización de nuestra experiencia. De hecho, no podríamos aprehender el flujo de acontecimientos en el que nos vemos inmersos si no tuviéramos la posibilidad de categorizar. Tradicionalmente, las categorías han

sido consideradas como un conjunto cuyos miembros comparten las mismas propiedades que les son inherentes. Esto implica una postura desde la cual se considera que podemos captar el mundo que nos rodea tal cual es, que las categorías están dadas y que nuestras características corpóreas o culturales no tienen nada que ver con éstas. Eleanor Rosch, desde la psicología cognitiva y como resultado de trabajos de experimentación, plantea que las categorías no tienen límites precisos dentro de los cuales se encuentran todos sus miembros, sino que más bien existen prototipos, esto es, miembros que son mejores ejemplos que otros y que son los que el común de la gente considera como más representativos de una categoría dada. Por otra parte, postula que las categorías se conforman no por propiedades inherentes a lo categorizado, sino por propiedades que son interaccionales, es decir, propiedades que dependen de las características propias de lo categorizado, pero también de las características de nuestras formas de interacción tanto perceptual como motora y de la cultura y el entorno en que estamos inmersos. Dentro de las categorías existen algunas que son más básicas que otras y esto depende de que provienen de nuestra interacción directa con lo categorizado y de que no utilizan recursos imaginativos. Estas categorías son las primeras que aprende un niño, podemos formar una imagen mental de ellas, generalmente son expresadas por palabras cortas, son las más empleadas en la vida cotidiana, las más fáciles de recordar. Son categorías como flor, gato, comer, caminar y las que aparentemente nos hacen ver el mundo de forma "objetiva", esto es, nuestros conceptos se corresponden exactamente con lo que hay a nuestro alrededor.

Estas dos estructuras preconceptuales



que acabamos de describir son los modelos cognitivos más básicos, a partir de los cuales podemos construir modelos más complejos por medio de procedimientos imaginativos como la metáfora, la metonimia. Cuando hablamos de procedimientos imaginativos no estamos considerando la imaginación en su acepción común, esto es, en la idea de que podemos inventar fantasías o relatos fantásticos o imágenes descriptivas, sino como un mecanismo creativo que nos permite dar coherencia a la experiencia. Así, según este punto de vista, es preciso entender la metáfora no como un recurso estrictamente lingüístico y retórico, sino como un mecanismo cognitivo que consiste en la proyección de elementos desde dominios concretos de la experiencia hacia dominios abstractos. Y esto es lo que quisimos expresar al decir que el conocimiento es corpóreo y no trascendente, y que utilizamos recursos imaginativos que nos permiten configurar mundos que están más allá de nuestra experiencia sensible. La metaforización también depende de lo corpóreo, en tanto las proyecciones se realizan desde dominios concretos que surgen de nuestra experiencia directa de la "realidad" y estructuran gran parte de nuestro sistema conceptual, aunque no nos demos cuenta por hacer uso de ellas de manera automática e inconsciente.

Además de modelos cognitivos de esquemas de imagen y modelos metafóricos y metonímicos, Lakoff postula la existencia de modelos proposicionales, esto es, modelos que no hacen uso de recursos imaginativos y que están conformados por una serie de elementos y una estructura que consiste en las propiedades de los mismos y las relaciones que guardan entre ellos. Estos modelos son los más cercanos a las ideas del objetivismo, en tanto sus elementos corresponden a categorías de nivel básico, esto es, a conceptos sobre los cuales tenemos una experiencia directa. Entre ellos están las proposiciones simples, compuestas por predicados y argumentos y los guiones o escenarios, compuestos por secuencias de eventos que conforman una situación; el escenario del restaurante, un evento comercial o los días de la semana, son ejemplos de modelos cognitivos proposicionales en los cuales el significado de cada uno de los conceptos que los constituyen emergen de un trasfondo que es el modelo en su totalidad. No podemos comprender la idea de "martes" sin el trasfondo de los otros días que constituyen la semana y "la semana" como modelo es una construcción cultural que nos permite organizar el tiempo. Es difícil comprender el significado de "comprador" en tanto no está relacionado con la situación de evento comercial y con

otros conceptos como vendedor, comprar, vender, mercancía, pagar, cobrar y las relaciones que se establecen entre ellos. No son significados aislados, dependen de los marcos organizativos de la experiencia y, como tal, están anclados a la misma. Por último, están los modelos cognitivos simbólicos correspondientes al lenguaje. Se diferencian de los otros porque poseen un componente fonológico que establece correspondencia con los planos conceptuales. Estos tipos de modelos conforman los sistemas conceptuales organizados a la manera de redes intrincadas que responden a una noción de organización ecológica del conocimiento.

EL SIGNIFICADO

El significado desde el marco conceptual que estamos manejando, no puede ser visto como una cosa con existencia propia. Involucra más bien lo que es significativo para nosotros. Nada tiene significado en sí mismo, puesto que la significación deriva de la experiencia de funcionar como seres de un determinado tipo en un cierto entorno.

Las categorías de nivel básico tienen significado para nosotros porque se caracterizan por el modo en que percibimos la forma global de las cosas en términos de parte-todo, por la interacción motora que



estableceremos con ellas y por la función que les atribuimos. De este modo, el significado de "silla", por ejemplo, no se limita a una definición dada por rasgos semánticos como asiento, con cuatro palas, con respaldo, sino a la imagen de la forma global, la relación de cada una de sus partes con nuestro cuerpo, en tanto podemos apoyar en ella las asentaderas y la espalda, y también la función de usarla para sentarnos. Los esquemas de imagen tienen significado para nosotros porque se basan en la manera en que sentimos nuestro cuerpo y su relación con el espacio y estructuran nuestra percepción y movimientos. Situaciones tan disímiles como "salir de una habitación", "dar a luz", "exteriorizar sentimientos" comparten un mismo esquema de imagen que es el de un contenedor con una trayectoria que va desde adentro hacia afuera. Los conceptos metafóricos tienen significado en tanto están basados en categorías de nivel básico o en esquemas de imagen, más correlaciones experienciales. "El índice de natalidad subió o bajó", implica comprender la cantidad en términos de espacio (arriba-abajo). Casi siempre conceptualizamos "más" como arriba, "menos" como abajo. Esto es una proyección metafórica desde un dominio de esquema de imagen espacial hacia el dominio de la cantidad. Esta proyección no es arbitraria, está motivada

en nuestra experiencia de manipular objetos. Cuando llenamos un vaso con agua el nivel va hacia arriba, es más; cuando lo vaciamos, el nivel baja, es menos.

Si desde esta perspectiva nos interrogamos por el fenómeno de la comprensión, veremos que está absolutamente ligado al desarrollo de nuestros sistemas conceptuales o modelos de conocimiento como forma de organización de la experiencia. Habría dos tipos de comprensión: la primera se refiere a la comprensión de situaciones que se experimentan de manera directa. Por ejemplo, cuando vemos un gato sobre un tejado. En este caso, estamos ante dos categorías de nivel básico, "gato" y "tejado", y una relación de soporte entre las dos entidades, una relación de tipo espacial. La segunda es indirecta y se relaciona con modelos imaginativos, metafóricos o metonímicos. Por ejemplo, cuando estamos frente a la aserción de que 'la lengua es el objeto de estudio de la lingüística'. Nos movemos entonces en un dominio absolutamente abstracto y nos vemos en la necesidad de establecer procedimientos de proyección de algunos elementos desde el dominio concreto de los objetos hacia el de la lengua como sistema. En este caso, la comprensión está mediada por este mecanismo y las redes conceptuales a las que recurrimos en ese proceso son más amplias y complejas.

Comprender, entonces, implica el desarrollo de complejos sistemas conceptuales que constituyen el trasfondo desde el cual emergen los significados que compartimos. Hablar de desarrollo nos remite a una idea de proceso y de temporalidad. La construcción de estos modelos se da en el tiempo y a partir de las múltiples experiencias que tenemos en los diversos ámbitos en los que participamos en el vivir cotidiana-

no. Es una construcción que no es arbitraria, sino que responde a nuestras características corpóreas y culturales y a las características de nuestro entorno. Son los mundos del sentido común que compartimos. Comprender es poder participar plenamente en algún dominio de la experiencia.

COMPREENSIÓN Y DISCURSO

Hasta ahora no hemos involucrado al lenguaje en esta discusión. Nos hemos quedado en lo meramente conceptual. Sin embargo, sabemos que el conocer humano es posible gracias al lenguaje. Es el lenguaje en su aspecto discursivo el que nos permite configurar la mayor parte de los mundos en los que vivimos. Si no aprendemos por medio de experiencias directas, podemos aprender por medio de discursos. Pero no sólo por eso es importante. Desde nuestro planteamiento, el lenguaje es un mecanismo cognitivo y con él llevamos a cabo importantes operaciones cognitivas. Podemos nombrar y ese nombrar que acompaña a la imposición de límites de un objeto, conforma el objeto. Podemos definir y ese definir implica el establecimiento de relaciones de identidad o de atribución o de subordinación entre entidades. Podemos clasificar, en aras de dar orden a las entidades.

Concebir al lenguaje como mecanismo cognitivo nos abre una perspectiva diferente. Podemos considerar al discurso no como un objeto sino como un proceso, el proceso por medio del cual configuramos mundos. El discurso entonces surge en la trama de experiencias vividas por los individuos en los diversos contextos en los que participa y se transforma en una actividad más que forma parte del hacer de ese dominio de experiencia. La competencia discursiva de un individuo se relaciona con su competen-



cia en el ámbito de actividad al cual el discurso pertenece. Ser competente en el discurso de la biología, por ejemplo, implica ser competente en los otros ámbitos de las actividades de la biología: desde poder reconocer una célula al microscopio, hasta poder escribir un artículo. Esta competencia se adquiere en el hacer (incluido el discursivo), a través de las múltiples interacciones en las que participamos.

Más arriba mencionamos a los modelos cognitivos simbólicos. Dijimos que estos modelos se establecen por el apareamiento de elementos lingüísticos y elementos conceptuales. Las categorías lingüísticas sintácticas (nombres, verbos, adjetivos) al combinarse conforman estructuras sintácticas. La idea que plantea la lingüística cognitiva es que existe una relación de motivación entre las estructuras sintácticas y las conceptuales. De esta forma, el discurso, concebido como actuación lingüística, nos permite hacer emerger mundos desde el trasfondo de nuestros sistemas conceptuales y, a partir de la gramática, organizar y expresar lingüísticamente los conceptos. Pero es más que esto. Porque la estructura sintáctica expresa también las relaciones de significado que establecemos entre los conceptos y esas relaciones expresan a su vez las operaciones cognitivas que llevamos a cabo. Es en ese sentido que el lenguaje es un mecanismo cognitivo más y el discurso un configurador de conocimiento.

Cuando decimos, por ejemplo, "La ballena es un mamífero", estamos relacionando dos entidades "ballena" y "mamífero" por medio de una relación de identidad que nos permite clasificar. Esta es una operación cognitiva, pero esa operación es posible en la medida en que hay una estructura sintáctica que me permite expresarla. Por lo tanto, el discurso expresa la manera en que

el sujeto construye una red de significados y su organización gramatical nos permite rastrear los procesos cognitivos involucrados en el proceso.

¿Qué relación tiene esta perspectiva discursiva con la comprensión? Cuando leemos un texto, estamos frente a un complejo entramado de significados que va más allá de la simple suma de palabras y oraciones que nos remiten a objetos, acciones o hechos en el mundo. Un discurso es una red de significados que trasciende la barrera de las unidades oracionales donde se entrecruzan diversos niveles de interpretación que se relacionan con los niveles de construcción dentro de la complejidad de los sistemas conceptuales desde los que emerge. Tenemos palabras que no tienen un significado en sí mismas, sino en función de los modelos cognitivos de los que forman parte. Comprender su significado implica poder evocar estos modelos en su totalidad y por ende haberlos construido en algún momento de la experiencia del vivir. Hay además significados que escapan a lo meramente proposicional y que expresados verbalmente nos remiten a esquemas de imagen cinestésicos que a veces conforman la base de la significación del texto. Hay otros significados que emergen de complejos modelos metafóricos. Los tipos de relaciones semánticas que se establecen entre los conceptos son fundamentales en tanto expresan las relaciones que el texto está tejiendo y, por ende, el mundo que se está configurando. Desde una perspectiva lingüística, son las estructuras sintácticas las que le permiten al lector reconstruir el universo del texto, lo cual no quiere decir reproducirlo, en tanto organizan el mundo de significados. Pero para poder acceder a ese mundo de significados que es un texto, es necesario compartir los sistemas con-

ceptuales desde los cuales pudo emerger. Como vimos más arriba, estos sistemas conceptuales surgen de nuestra experiencia como seres de un determinado tipo en un determinado entorno; de nuestra corporeidad y de nuestras capacidades imaginativas. Además, se van construyendo en nuestro vivir, en los múltiples dominios en los cuales participamos a lo largo del tiempo. Por lo tanto, la comprensión no supone un acto estrictamente lingüístico, sino la totalidad de nuestro ser: nuestras aptitudes y capacidades corporales, nuestros valores, nuestros estados de ánimo y actitudes, toda nuestra tradición cultural, el modo en que estamos ligados a una comunidad lingüística, nuestras sensibilidades estéticas. Nuestra comprensión, lingüística o no, es nuestro modo de estar en el mundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Johnson, M., *El cuerpo en la mente. Fundamentos corporales del significado, la imaginación y la razón*, Editorial Debate, Madrid, 1991.
- Lakoff, G., *Woman, fire and Dangerous Things What Categories reveal about the mind* The University of Chicago Press, Chicago, 1987.
- Lakoff, G., Johnson, M., *Las metáforas de la vida cotidiana*, Ed. Cátedra, Madrid, 1986.
- Langacker, R., *Foundations of Cognitive Grammar*, Volume I, University Press Standford, California, 1987.
- Reddy, M.J., "The Conduit Metaphor. A Case of Frame Conflict in our Language about Language", en: Ortony Andrew (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979, 284-323.

(Silvia Kiczovsky es profesora del Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica de la Universidad Autónoma de Puebla)